

“El tiempo todo lo olvida”. El desastre de El Limón del 6 de septiembre de 1987 en Venezuela: Apuntes para su estudio¹

“Everything is Forgotten with Time”. Venezuela’s El Limón Disaster of September 6th, 1987: Notes for its Study

“O tempo esquece tudo”. O desastre de El Limón em 6 de Setembro de 1987 na Venezuela: anotações para seu estudo

AUTORA

Andrea Noria

Universidad
Autónoma de Chile,
Santiago, Chile

a.noria@uautonoma.cl

RECEPCIÓN
9 agosto 2014

APROBACIÓN
21 abril 2015

DOI

10.3232/RHI.2015.
V8.N1.03

El 6 de septiembre de 1987 en Venezuela, la región de El Limón y una parte de Ocumare de la Costa se vieron intervenidas por lluvias extraordinarias que ocasionaron el desbordamiento del río El Limón y detonaron una tragedia en las zonas afectadas, según se calificó para el momento. A partir de la presente investigación se buscó reconstruir lo que sucedió ese 6 de septiembre de 1987 utilizando algunos testimonios y las narraciones de la prensa para ese momento; con la intención de generar espacios de discusión para el análisis del papel de la memoria colectiva y la memoria histórica en los desastres y en la reproducción de contextos vulnerables. Con este desastre quedó en evidencia que la reproducción de la vulnerabilidad se desplazó hacia una postura más institucional, donde la conciencia histórica de eventos similares se correspondió con un olvido sistemático y permeó en la opinión pública y en las evocaciones de las víctimas, a pesar de recordar algunos eventos anteriores a aquellas lluvias.

Palabras clave: **Venezuela; Lluvias Extraordinarias; Tragedia; Testimonios; Prensa; Memoria Colectiva; Memoria Histórica; Vulnerabilidad.**

On September 6th, 1987 in Venezuela, the region of El Limon and part of Ocular de la Costa were effected by extraordinarily heavy rains that caused the overflow of the el Limón river and triggered the subsequent tragedy in the regions affected as was described at the time. The purpose of this investigation is to reconstruct the events of September 6th, 1987 using testimonies and press reports from that time with the intention of generating discussion to analyze the role played by collective and historical memory in relation to disasters and the reproduction of vulnerable contexts. This disaster made evident that the reproduction of vulnerability moved towards a more institutional position, where historical consciousness about similar events corresponded with a systematic forgetting and permeated public opinion as well as the way victims recalled what occurred, despite remembering other events previous to the rains.

Key words: **Venezuela; Heavy Rains; Tragedy; Testimonies; Press; Collective Memory; Historical Memory; Vulnerability.**

Em 6 de setembro de 1987, em Venezuela, a região de El Limon e uma parte de Ocumare de la Costa foram apreendidos pelas chuvas extraordinárias que causaram o transbordamento do rio El Limón e detonaram uma tragédia nas áreas afetadas, como se informou nesse tempo. A partir desta pesquisa que procurou reconstruir o que aconteceu naquele 06 de setembro de 1987 utilizando alguns testemunhos e histórias na imprensa daquela época; com a intenção de gerar espaços de discussão para a análise do papel da memória coletiva e da memória histórica nos desastres e na reprodução de contextos vulneráveis. Com este desastre tornou-se claro que a reprodução da vulnerabilidade se deslocou para uma posição mais institucional, onde a consciência histórica de eventos similares correspondeu com um esquecimento sistemático e permeou na opinião pública e nas evocações das vítimas, apesar de lembrar-se de alguns eventos anteriores a aquelas chuvas.

Palavras-chave: **Venezuela; Chuvas Extraordinárias; Tragédia; Testemunhos; Imprensa; Memória Coletiva; Memória Histórica; Vulnerabilidade**

Introducción

Es un río modesto, apacible, que en otras ocasiones regaba obediente las plantaciones de caña de azúcar de la fértil planicie maracayera. Después de los cañaverales fueron suplantados por viviendas, y el río también aprendió a convivir con el hombre, con el medio urbano que lo agredía contaminándolo y desplazándolo de su hoya hidrográfica. Surgieron los barrios El Limón, El Progreso, Mata Seca y otros que fueron poblando las riveras.²

Ocurrió un domingo, descrito por muchos como nublado y oscuro. La región de El Limón y la carretera que conduce a Ocumare de la Costa se vieron estremecidas por un alud torrencial y un descomunal desbordamiento del río El Limón aquel domingo. Miles de vecinos y muchos temporadistas se vieron envueltos en uno de los desastres más significativos del siglo XX en Venezuela e incluso en Latinoamérica. “Palo de agua y el río se metió pa’ las casas”, contó Elías Arvelo, vecino, cronista y uno de los informantes de esta investigación; “Pero ya hacía cierto tiempo que las casas se habían metido pal’ río”³, continuó aquel testigo. Pues, según el testimonio de Edmundo Abreu, “el río siempre crecía, pero no tanto así, y en otra época se había desbordado”⁴. O como se indicó en el periódico *El Universal*: “La tragedia ocurrida el domingo pasado en Maracay, fue causada por una lluvia que tiene una frecuencia de cada 400 años, dijeron los técnicos de la Dirección de Hidrología del Ministerio de Ambiente”⁵. De esta manera, entre discursos que no siempre se cruzan aunque siempre se complementan, se descubren la vulnerabilidad, la memoria y el olvido ante fenómenos naturales recurrentes, representando entre ambos, imaginario colectivo y esfera institucional, a los procesos dialécticos que se construyen en la relación con la naturaleza.

Este tipo de eventos catastróficos muestran múltiples variables que pueden ser abordadas tanto desde una perspectiva histórica como desde una perspectiva antropológica, a partir de lo cual es posible observar su condición procesual, multidimensional y multifactorial. El estudio de los desastres, apoyado en ambas perspectivas, ofrece al mismo tiempo un enfoque alternativo a la comprensión de este tipo de procesos, pues lo que ciertamente importa, en este caso, no es solo el impacto de las lluvias en la zona montañosa de la Cordillera de la Costa ni en la cuenca del río El Limón, sino también la sociedad que se vio afectada a través de la construcción histórica de los contextos vulnerables en los cuales se asienta. Y en este sentido, vale destacar que las ciencias sociales y humanas presentan una deuda con lo acontecido hace ya 27 años en la zona señalada, a pesar de su gran importancia a nivel histórico y social para Venezuela. El estudio histórico y social de los desastres, perspectiva adoptada en esta investigación, permitió cruzar en el tiempo y el espacio estos dos intereses, desde la historia y la antropología, y darle otro estatuto a estos eventos que eventualmente alcanzan el perfil de un “dato curioso” en la historiografía tradicional y en las ciencias sociales en general⁶.

El abordaje de la problemática expuesta precisa de un acercamiento desde la Antropología y la historia ambiental. Estas áreas del conocimiento permiten acercarse; por un lado, a las prácticas sociales, culturales, ideológicas y simbólicas que se movilizan en torno a la producción de significados con relación al medio ambiente natural y que, por ende, tiene incidencia en la producción y reproducción de contextos vulnerables; por el otro, a la interacción del ser humano con la naturaleza, donde esta última juega un papel activo. En tanto se comprendan analíticamente estas prácticas que están vinculadas con las estrategias adaptativas, se entiende el hecho de que un fenómeno natural, como las lluvias, se posiciona progresivamente como una amenaza potencialmente destructora⁷.

El objetivo de la investigación está centrado en reconstruir analíticamente lo que sucedió ese 6 de septiembre de 1987 a partir, principalmente, de algunos testimonios como referentes del ámbito privado y el discurso de la opinión pública a través de la prensa escrita. Estas dos esferas permiten generar espacios para analizar el papel de la memoria colectiva y de la memoria histórica en procesos de desastres y, en especial, en la producción y reproducción de contextos vulnerables.

Historia, desastre y memoria

El enfoque alternativo de la vulnerabilidad y el estudio de los desastres

Para mediados del siglo XVIII, el año siguiente al impacto del famoso terremoto de Lisboa del 1 de noviembre de 1755, Jean-Jacques Rousseau escribió una misiva, fechada el 18 de agosto, a François-Marie Arouet, mejor conocido como Voltaire, en la cual reflexionó sobre aquel sismo y su impacto en la sociedad. El entonces polémico Rousseau atendió el hecho de que los resultados catastróficos a raíz de fenómenos destructores tienen que ver con la vulnerabilidad de los espacios donde irrumpen, y que “La gran mayoría de nuestros males físicos son obra

nuestra”⁸. Colosal primicia de aquel filósofo que fue retomada casi dos siglos después, cuando se incorporó dentro de un corpus teórico de análisis⁹.

Diversos aportes contribuyeron a que se retomara, después de la mitad del siglo XX (específicamente después de la Segunda Guerra Mundial), lo que nos decía Rousseau un par de siglos antes. Se fueron decantando muchas observaciones al respecto hasta alcanzar en las investigaciones un “modelo alternativo”¹⁰, apelativo acuñado por el geógrafo Kenneth Hewitt para la década de los '80 que se consolidó a partir de la década de los '90 y la declaración de la misma por parte de las Naciones Unidas como el *Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales*¹¹.

De acuerdo a Omar Darío Cardona¹², la iniciativa (el DIRDN) estuvo ampliamente influenciada por investigadores de las ciencias naturales y la ya en crisis *visión dominante*¹³. Fue el resultado de una serie de eventos naturales con desenlaces catastróficos que para la segunda mitad del siglo XX situaron en la palestra el tema de los mal llamados “desastres naturales”. La tragedia de El Limón del 6 de septiembre de 1987 en Venezuela forma parte de este conjunto.

Si bien la intencionalidad del DIRDN, en primera instancia, no estuvo asociada a ese enfoque alternativo, sí se generaron las condiciones para una serie de actividades que condujeron a posicionar el tema de la vulnerabilidad en el discurso institucional y en las iniciativas académicas. La conferencia de Yokohama en 1994 generó mayor énfasis en ese tema. Las contribuciones desde las ciencias sociales y humanas en los riesgos y en los desastres permitieron introducir el debate cultural y haciendo posible que a principios de la década de 1990 se creara *La Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina* (LA RED), que comenzó a disertar en torno a las inclinaciones teóricas constructivista y contextual, por un lado, y a la perspectiva histórica de los riesgos, por el otro¹⁴. De cualquier manera, esta conformación afianzó la perspectiva social, conocida como el “enfoque de la vulnerabilidad”.

Este nuevo enfoque, apoyado en la investigación histórica, sostuvo y sostiene que *los desastres son el resultado de procesos multifactoriales y multidimensionales*, como resultado de la intersección entre amenazas y contextos vulnerables que se construyen y reproducen a través del tiempo¹⁵. El enfoque en la vulnerabilidad a partir de los contextos sociales y materiales garantiza el entendimiento sobre una vulnerabilidad desigual y acumulativa, por tanto históricamente determinada.

Este proceso condujo a la premisa de que *los desastres no son naturales*. Y partiendo de la misma se advirtió la redefinición de los conceptos básicos del estudio de los desastres, así como la práctica activa en esos procesos del riesgo, la vulnerabilidad y la amenaza o bien la mitigación, prevención, recuperación y estrategias adaptativas por parte de las sociedades. El desastre corresponde a “...procesos resultantes de condiciones críticas preexistentes en las cuales la vulnerabilidad acumulada y la construcción social del riesgo ocupan lugares determinantes en su asociación con una amenaza natural”¹⁶.

El reconocimiento del papel activo de la sociedad en el desenlace catastrófico a partir

de la irrupción de fenómenos destructores o bien de daños acumulativos que pueden o no conducir, en muchos casos, a *eventos disruptivos* en la misma sociedad, resulta crucial a la hora de la consolidación de estrategias que permitan incidir en dichos resultados; partiendo de la aseveración de que, por un lado, son los contextos vulnerables, producto de la experiencia de los seres humanos, los que determinan la detonación de procesos de desastres y por ende en ellos se debe enfocar la mitigación del riesgo construido material y socialmente; y por el otro, que la convivencia con el medioambiente es resultado de las estrategias de adaptación o desadaptación que han desplegado y consolidado las sociedades en el largo proceso de articulación cultural y material con los espacios construidos.

Por esto se considera, para los efectos de esta investigación, que los procesos de memoria y la construcción de una memoria colectiva e histórica, en tanto que conciencia socialmente construida y compartida, son el punto de anclaje tanto de la vulnerabilidad (con su riesgo socialmente construido y las amenazas para sus contextos) y las estrategias adaptativas o de desadaptación (las cuales contribuyen a elevar a niveles paroxísticos la detonación de desastres en contextos vulnerables).

La inclusión de la memoria, como categoría de análisis en el estudio de los desastres, parte desde la psicología a raíz de la atención a las experiencias traumáticas, ya sean por desastres detonados por amenazas naturales o bien desastres antrópicos como las guerras, que afectaron a lo largo del siglo XX¹⁷. Estos eventos traumáticos compartidos socialmente, tienden a ser posteriormente reproducidos por medio de los “vehículos de la memoria”¹⁸, los cuales permiten expresar, a través de diversas manifestaciones materiales y/o simbólicas (esculturas, pinturas, fotografías, publicaciones, conmemoraciones, museos, por ejemplo), lo vivido y reconstruirlo a partir del presente¹⁹.

Los desastres y la memoria histórica

Sequías, inundaciones, epidemias, plagas y terremotos son algunos de los fenómenos naturales que han compartido escena en los territorios hoy venezolanos, y de los que se tiene referencia histórica documentada²⁰. Para el caso que nos ocupa, las lluvias como fenómeno regular y beneficioso (en tanto que riego para la siembra), o bien como manifestación cotidiana de la naturaleza sin consecuencias adversas, apenas puede ser advertido como un elemento que convive con todos los contextos, catalogándole como más o menos periódico, de acuerdo con las condiciones de ciertas zonas. Sin embargo, la manifestación irregular del mismo fenómeno, ya en ausencia (sequías prolongadas) o en exceso (lluvias torrenciales), puede conducir a resultados catastróficos, dependiendo de la relación que con esas variaciones climáticas posea la sociedad que les padezca.

Las lluvias torrenciales, además, combinadas con ciertos factores topográficos como las laderas inestables (en el caso que aquí se atiende), enseña resultados indefectiblemente asociados: aludes, movimientos de masa, inundaciones, deslaves. Una sociedad que convive con estas condiciones en situación de riesgo, sin duda enseñará una recurrente cadena de desastres

en el tiempo, demostrando con ello una carencia de respuestas ante tales circunstancias.

Pero esa “no capacidad de respuesta” termina convirtiéndose en un tipo de respuesta frente a estas condiciones, que evidencia, necesariamente, la forma en la cual los seres humanos se han relacionado con el ambiente y la manera en la que se han construido diversos mecanismos de adaptación o desadaptación ante estas eventualidades, por demás cotidianas en ciertas regiones.

Es justamente en este punto donde la historia, la memoria y los desastres se interceptan. La construcción de la vulnerabilidad y la reproducción en el tiempo de esas mismas condiciones, tienen que ver con los elementos que presentan las sociedades para hacer frente a estos factores, entendidos generalmente como externos. Por lo que, y sin adentrarse en la discusión sobre memoria e historia o sobre los diversos significados de aquella en las investigaciones al respecto, se tomará como *memoria* a “...la forma en que se lee, crea y recrea el pasado en cada tiempo presente”²¹.

Aspectos técnico-metodológicos

Para el abordaje de la llamada “Tragedia de El Limón” del 6 de septiembre de 1987, se utilizaron como fuentes de información primarias, las fuentes orales y fuentes hemerográficas, conjugadas con fuentes históricas de procesos de desastres en los territorios venezolanos.

El uso de las fuentes orales se condujo a partir de los criterios de análisis de cualquier fuente de información, y específicamente para dar cuenta de un contexto en particular, como el de acción de los testimonios (es decir, su ubicación significativa), en este caso, abocadas a la mirada de quienes vivieron un proceso de desastre que aún se mantiene en sus recuerdos y que recrean desde su presente. Fueron siete los testimonios recopilados, de los cuales tres son de mujeres (familia: madre, hija y abuela) y cuatro de hombres, cuyas edades están comprendidas entre los 30 y los 90 años. Los entrevistados fueron Edmundo Abreu, Escolástico Arana, María Mendoza, Joselin Labrador, María de Mendoza, Manuel Tami y Elías Arvelo.

La técnica de recolección de los datos de las fuentes orales fue el uso de entrevistas individuales y una entrevista grupal. El objetivo fue dar cuenta del *olvido sistemático*²² de amenazas recurrentes en los términos de una ausencia de memoria histórica al respecto. En este sentido, y por la misma característica de estos tipos de entrevistas, los esquemas de preguntas fueron abiertos. La transcripción de las mismas se realizó íntegramente; tomando en cuenta que mucho antes de las grabaciones se mantuvieron conversaciones (anotadas en un diario de campo) con los entrevistados. La entrevista grupal se dio con una familia, madre e hija, junto con un amigo cercano a la misma, mi informante principal y mi contacto en las comunidades. A pesar de ser grupal, la dinámica de la entrevista condujo a que el testimonio más extenso fuera el de la madre, María Mendoza (a quien le dicen Gloria). Luego se le hizo una entrevista a la mamá de la señora Mendoza, quien se llama María de Mendoza.

El otro tipo de fuentes utilizadas proviene de la Hemerografía, a través de la prensa de todo el mes de septiembre del año de estudio. Se consultaron principalmente *El Universal*, *Últimas Noticias*, *El Diario de Caracas*, *El Universal*, *La Religión* y *El Aragüeño*. De allí se extrajeron informaciones institucionales, opiniones científicas, políticas y testimoniales recogidas en su momento por los comisionados especiales de cada periódico. Junto con este tipo de discurso, también se revisaron algunos informes técnicos que se realizaron al poco tiempo de la tragedia, más allá de los daños y enfocados en dar cuentas de las condiciones naturales de los espacios del desastre.

El desastre de El Limón de 1987

El “domingo negro” de Maracay: crónicas entre inundaciones

La Cordillera de la Costa en Venezuela origina una topografía abrupta que pocos espacios deja al desarrollo de la urbanización. Escasos valles intramontanos y laderas inestables surcadas por cornisas que hacen las veces de carreteras y vías de comunicación, son los escenarios de muchas zonas en riesgo ante fenómenos hidrometeorológicos y geológicos. El lugar de interés en estas líneas corresponde a esta región, específicamente a las zonas que abarcan la carretera de Ocumare de la Costa-Maracay y la zona de El Limón, las localidades de El Progreso y Mata Seca.

Esta región, por sus condiciones, resulta un área con gran potencial para el impacto de fenómenos destructores. Y de ello da cuenta el pasado reciente y no tan reciente. Para el caso de las lluvias en ese sistema montañoso, específicamente en la región de estudio, se tienen los primeros reportes documentados en los inicios de la época colonial.

Del siglo XVIII, mejor documentado que los anteriores, existen varios reportes de lluvias extraordinarias en toda el área de la Cordillera de la Costa. Para el caso de la zona de interés hay información para 1780, a raíz del huracán que afectó estas zonas entre el 12 y 14 de octubre, produciendo fuertes lluvias que también golpearon a La Guaira y Puerto Cabello. Del mismo modo, entre el 11 y 13 de febrero de 1798 se produjeron lluvias extraordinarias y aludes torrenciales que afectaron gran parte de la Cordillera de la Costa.

Del siglo XIX no se han encontrado eventos documentados para la región de estudio; sin embargo, se infiere que las lluvias del 7 de octubre 1892, cuyos daños se observan en los reportes para el área de La Guaira fundamentalmente, también pudieron haber ocasionado daños en el resto de la Región Central de la cordillera. Y ya en el siglo XX sí se tienen registros documentales y orales de lluvias extraordinarias, desbordamientos e inundaciones con notables daños en las edificaciones, y muchas con saldos de damnificados en el área de interés. Para la segunda mitad de esta centuria, entre el 15 y 17 de febrero de 1951, se produjeron gran cantidad de inundaciones y deslizamientos de tierra que ocasionaron daños a propiedades y algunas pérdidas de vidas, luego de 7 horas prolongadas de fuertes lluvias producidas por tipo de una tormenta conocida como “frente norte”²³.

Otras informaciones más precisas indican que el 12 de noviembre de 1916 ocurrieron inundaciones en Ocumare de la Costa; que en 1961 se desbordó el río Las Delicias; el 20 de septiembre de 1975 tocó en turno al río El Limón; esto mismo volvió a ocurrir el 14 de octubre de 1976; el 19 de agosto y el 6 de septiembre de 1979 hubo daños por lluvias en la carretera de Maracay-Choroní; y para el 19 de septiembre de 1980 se produce un estado de emergencia en la zona metropolitana y otros estados por las fuertes lluvias de cinco horas aproximadamente. De este último caso se sabe que en Maracay hubo daños en las edificaciones y desplazamiento de personas, con un número estimado de 1.500 damnificados. Para 1984 la presencia de un aluvión afectó el sector La Candelaria, también en Maracay y próximo al río El Limón²⁴.

Este recuento de eventos históricamente documentados y asociados a fenómenos hidrometeorológicos, forma parte del reconocimiento de la recurrencia en la región de sucesos de este tipo, lo cual garantiza una convivencia cotidiana con los mismos. La falta de información de otros casos, especialmente para los primeros dos siglos de la época colonial, e incluso durante el siglo XIX, da cuenta de la poca atención que se ha prestado a este tipo de coyunturas en la historiografía tradicional, pues las condiciones de la región en particular han sido siempre las mismas y presentaban, presentan y presentarán probabilidades de lluvias extraordinarias con consecuencias similares en todo momento.

La desatención al tema, sin duda, sólo enseña las carencias características en las perspectivas de abordaje de los procesos históricos (tanto en las diferentes áreas de la historia como en el resto de las ciencias sociales), y de ninguna manera representa la ausencia del hecho dentro de esos procesos. Dentro de estos escenarios de lluvias recurrentes, entra en el caso de los eventos de la llamada “Tragedia El Limón”.

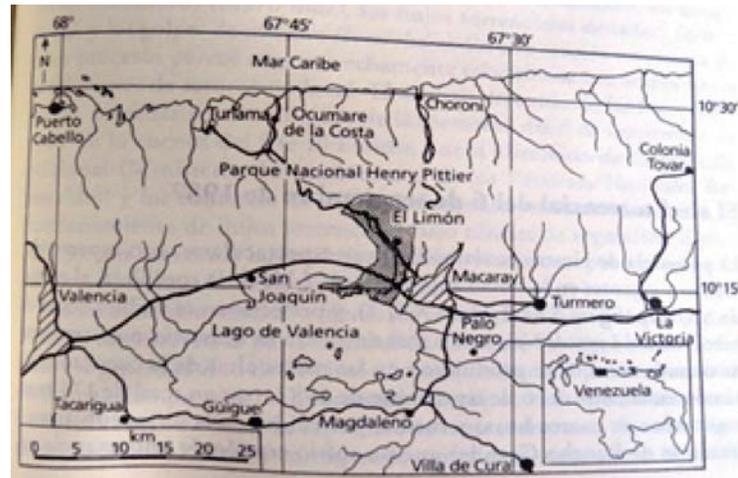
El domingo 6 de septiembre de 1987, como cualquier fin de semana en las costas venezolanas, muchos turistas, caraqueños en su mayoría, que se encontraban en las playas del Litoral Central de Aragua, se destinaron a regresar a sus ciudades, pasada ya las 12 del mediodía. Envueltos en el tráfico característico de esos momentos, entre vehículos particulares, autobuses de pasajeros, una estrecha carretera y en medio de un bosque nublado, transitaban por pendientes y laderas, entre Rancho Grande y El Limón, para acceder a Maracay y de allí bien a Caracas, Valencia o zonas cercanas. Mientras tanto, en medio de un domingo cualquiera, los habitantes de El Limón estaban en sus quehaceres cotidianos; reunidos en familia. El tiempo de aquel día, nublado y oscuro, avizoraba fuertes lluvias y señalaba que en las montañas del Parque Nacional Henri Pittier posiblemente ya estaba lloviendo.

Sin equivocarse, aquellas nubes mostraron que en las densas montañas del parque nacional, específicamente en las cuencas de los ríos El Limón y Delicias (ver Figura 1), así como en sus subcuencas, áreas que se comprenden entre Rancho Grande y El Limón, las precipitaciones habían tomado el escenario. Y no sólo se presenció la habitual llovizna de aquellas regiones, sino que durante seis horas cayeron gotas de agua de manera extraordinaria, tanto así que la medida pluviométrica fue de 183mm, es decir que durante ese corto tiempo, llovió lo equivalente a dos meses de precipitaciones.

...a eso de las 3 y 30 pm se inició un aguacero en la zona norte de esta capital aragüeña y que de los ríos El Limón, Las Delicias, pero que además derrumbó cerros en Guamita,

destruyó el parque Henry (sic) Pittier, zonas El Progreso, El Limón, La Candelaria, Caña de Azúcar, y en fin, un sector amplio que comprende el Municipio Iragorry²⁵.

FIGURA 1: CUENCA DEL RÍO EL LIMÓN, VERTIENTE SUR DE LA CORDILLERA DE LA COSTA DE VENEZUELA,



DENTRO DE LOS LINDEROS PARQUE NACIONAL HENRI PITTIER .

Desbordamientos, deslaves y tragedia son los indicadores de ese “domingo negro de Maracay”, como lo llamó en su momento el informante Enrique Gutiérrez a los periodistas que fueron comisionados a la zona por el periódico *Últimas Noticias*. Ese domingo se nombró con persistencia en la prensa nacional durante un mes, y aunque todavía al día siguiente la magnitud de los eventos aún no era percibida, ya a partir del 8 de ese mismo septiembre, las autoridades iban dando cuenta, de manera dramática, de lo acaecido. Las sirenas de las ambulancias, los vehículos oficiales, las patrullas, la Guardia Nacional, Defensa Civil, ministros, gobernadores, todos condimentaron el ruido en las calles, las incertidumbres y las zozobras entre los pobladores afectados y los residentes de Venezuela en general.

Son varias las historias que se cruzaron en esta marejada de troncos, barros, piedras y casas, seccionadas en dos espacios geohistóricos particulares. Ciertamente las lluvias fueron las mismas. Pero sus incidencias no, y no solamente en términos sociales, simbólicos, psicológicos, sino también paisajísticos e históricos. En consecuencia, aquellos eventos pueden agruparse en dos grandes momentos (coexistentes, ciertamente) y dos espacios geográficos y sociales distintos. Por un lado, los daños percibidos en la carretera Ocumare de la Costa-Maracay, un no-lugar en términos de Marc Augé²⁷, es decir, zonas de transitoriedad donde no se construyen relaciones sociales, ni se dan procesos identitarios, de identificación y reconocimiento histórico. Y por otro lado, lo sucedido en las faldas de la montaña, específicamente en el sector El Limón en los vecindarios de El Progreso y Mata Seca como mayores exponentes, ciertamente lugares antropológicos e históricos de relaciones sociales y urbanas que construyen arraigos espaciales. Cada uno con sus múltiples historias de ruina y desolación, entre los llantos y la confusión.

En el primer caso se dio un proceso de inestabilidad de laderas entre Rancho Grande

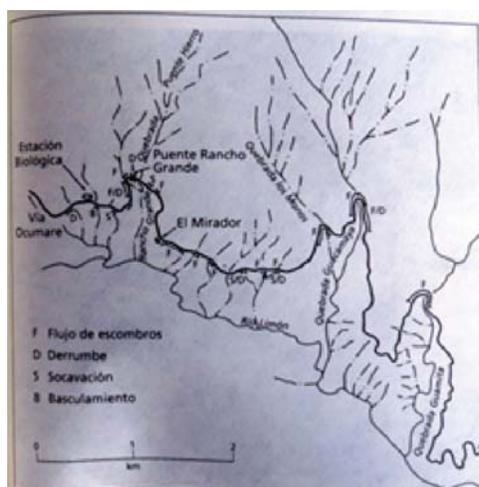
y El Limón, ocasionada por precipitaciones prolongadas y persistentes, lo cual condujo a que el terreno montañoso cediera, y en medio de todo ello, se llevara tramos de la carretera. Esa importante vía de comunicación, que conectaba a uno de los centros económicos más importantes de la zona con el litoral, se encontró, de pronto, dividida en sectores:

Y de pronto fue el agua, bajando a torrentes desde las faldas de los cerros, abriendo brechas entre la tupida vegetación, poniendo a navegar corriente abajo enormes troncos secos, catapultando rocas descomunales, desprendiendo, alevosa, toneladas de un lodo oscuro y pegajoso que comenzó a avanzar rápidamente sobre la serpiente metálica y multicolor que bordeaba la montaña²⁸.

En estas circunstancias, el alud torrencial se llevó y tapió todo cuanto se encontró en el camino, y esto significó una alta densidad de personas y vehículos que transitaban por la zona, en busca del camino de retorno a sus casas. Ellos “...fueron tapiados por ese alud que a eso de las cinco de la tarde rugió como un león furioso en la cúspide de la montaña...”²⁹.

Unos 30 kilómetros³⁰ de carretera fueron afectados considerablemente, interrumpiendo la comunicación por lo que muchos de los temporadistas perecieron por las avalanchas, entraron en la categoría de desaparecidos, caminaron cuesta arriba de la montaña, o bien se quedaron atrapados entre Ocumare y Choroní. A partir de ello, y en los días posteriores, las actividades se abocaron no sólo, en un principio, a la búsqueda de cadáveres, sino también al rescate, por medio de helicópteros o vía marítima, de las personas que se quedaron atrapadas en las playas; también proporcionarles alimentación a esas zonas aisladas, pues con el pasar de los días, e interrumpida la carretera, el suministro de servicios básicos (agua, comida, ropa) se estaba agotando (ver Figura 2).

FIGURA 2: DAÑOS EN LA VÍA OCUMARE DE LA COSTA-EL LIMÓN³¹



De esa manera, la histórica carretera de Ocumare-Maracay, antigua zona cacaotera³² devenida en vía de paso hacia una región balnearia que, como casi todas, adquirió ese perfil desde comienzos de siglo XX bajo la esperanza del crecimiento turístico y recreacional, ahora enseñaba su desgaste como acceso a la modernidad prometida, y enseñaba con su colapso el proceso que ya había hecho

de la región entera un contexto vulnerable. Allí, en esas costas, como las de Cata y Turiamo, se quedaron atrapados temporadistas que aún no habían decidido irse, así como sus pobladores natales; lo cual condujo a que la situación del postdesastre cobrara especial interés en los desenvolvimientos históricamente contruidos por las relaciones de poder: clientelismos y desigualdades afloraron en el peor de los momentos. Buena parte de la información que hizo prosecución al tema, tiempo después de la catástrofe, da cuenta de ciertos grupos beneficiados con viviendas mejor ubicadas y en mejores condiciones que las entregadas a otros grupos de damnificados, situación que recuerdan los testimonios de Manuel Tami, María Mendoza, Edmundo Abreu y Elías Arvelo.

Por otro lado, en medio de las circunstancias más críticas, recuerdan igualmente los entrevistados que la actuación de la policía y la Guardia Nacional contribuyó con el desconcierto y la desestructuración del momento, dedicándose ambos cuerpos de seguridad al saqueo y el irrespeto por el orden que, antes bien, debían garantizar con su presencia. No fue sino hasta la llegada del ejército que la situación pudo estabilizarse.

Ya en las localidades de El Limón, las urbanizaciones que se encontraban en las riberas del río se vieron altamente afectadas. Casas destruidas, otras desaparecidas, llantos, desesperación y corte en los suministros eléctricos y comunicacionales; obras destinadas a los servicios sociales, como la Escuela Municipal, un colegio preescolar, el dispensario, el mercado y otros espacios del mismo interés, fueron arrasadas y tapiadas junto a muchas personas por la gran cantidad de lodo, piedra y vegetación que bajaba con el caudaloso río (ver Figura 3).

El aguacero comenzó a las 3 de la tarde y la emergencia fue declarada una hora después por el desbordamiento del río El Limón, que afectó los sectores de Mata Seca, Circunvalación, La Candelaria, donde el agua rebasó el puente, Caña de Azúcar y sus alrededores.

Las pérdidas humanas son incalculables mientras que Defensa Civil solicitaba todas las ambulancias disponibles para atender las emergencias³³.

Todo el sector de El Limón se encuentra sin energía y las pérdidas son calculadas en varios millones de bolívares. Gran cantidad de comercios resultaron inundados y por consiguiente con la pérdida de todas las mercancías³⁴.

FIGURA 3: ZONA AFECTADA DE LA POBLACIÓN EL LIMÓN³⁵



A partir de entonces, se decretó a Aragua en estado de emergencia. Se desplegaron las medidas de contingencia para solventar y contrarrestar los daños ocurridos. Y no sólo las autoridades se abocaron al tema, como correspondió. Las personas afectadas y la comunidad en general se dispusieron a colaborar con juntas de socorros y ayudas humanitarias, a levantar escombros, y a participar en los procesos de reconstrucción de las zonas. Muchas instituciones ofrecieron sus espacios, tal es el caso del núcleo de la Universidad Central de Venezuela en Maracay, así como sus áreas deportivas sirvieron de helipuerto y centro de recepción de cadáveres. De esta manera, y desde las instituciones y el Estado, de acuerdo a datos proporcionados en un suplemento especial del 13 de septiembre de 1987 de *El Diario de Caracas*:

...se hicieron uso de equipos y recursos humanos en: 5.000 efectivos del ejército, 3 batallones de paracaidistas y dos de infantería, 200 hombres de la DISIP, 9 expertos del ejército de USA y 3 de AID, médicos y paramédicos y un gran número de voluntarios. Para el transporte se emplearon: 8 helicópteros, 2 buques, 2 guardacostas, 8 ambulancias, aviones, lanchas y seis grúas. Se habilitaron tres helipuertos y tres centros de atención³⁶.

El resultado de aquel domingo fue un saldo de 600 víctimas, según algunas aproximaciones³⁷: la cifra oficial, más de un centenar; según los informes de la Organización de Estados Americanos, el monto ascendió a 96 muertos³⁸; la prensa, proporcionó una cantidad de más de un millar. El impacto socioeconómico quedó marcado en una parte de la carretera El Limón-Ocumare de la Costa y en la población de El Limón, dispuesta al pie de la vertiente meridional de la Cordillera de la Costa y a ambos márgenes del río que le da el nombre al poblado. Las pérdidas económicas se calcularon en alrededor de 800 mil dólares estadounidenses. La ayuda internacional que se ofreció acumuló un total de 30 mil dólares, además de los aportes para la etapa de la reconstrucción³⁹.

La cara oculta del desastre: el recuerdo de los testigos

Esa huella del desastre, el número de víctimas, muestra otra cara de la historia: la que cuentan los protagonistas; o por lo menos un ámbito de ellos, como lo fueron los afectados directamente. Las víctimas, en este caso seis habitantes de la zona de El Limón, vecinos de El Progreso y Mata Seca, siendo éstas las zonas que fueron más afectadas por la crecida de los ríos.

Los testigos de aquel fatídico domingo aún recuerdan, con tristeza, dolor y desesperación, la manera en que el equilibrio de sus condiciones materiales y simbólicas de existencia fue bruscamente alterado. Esta es la parte en la que todos los testimonios coinciden. El cuadro desgarrador de aquella tarde se llevó consigo no sólo unas “bellas casas”, también sus afectividades, sus seguridades, certezas y recuerdos: “nada como eso había ocurrido nunca en la historia del país”, tienden a argumentar las víctimas de un desastre. Ya luego, con el tiempo, los recuerdos se asientan; la historia se recrea, se reconstruye, se interpreta y se actualiza a la luz de sus actuales condiciones.

Al momento de los desenlaces catastróficos, y en ese *después* del desastre (llamado metodológicamente como el postdesastre), las vivencias buscan ser explicadas y entendidas: racionalizadas en los propios términos de quien se las representa.

Así es que esa necesidad de transformar a los procesos traumáticos en un desenlace distinto (incluso en momentos premonitorios), hurga eventualmente entre los fundamentos religiosos (como la misericordia de la Providencia, por ejemplo), para hallar un apoyo en tiempos de desestructuración generalizada. O bien intenta asirse a la divinidad por la necesidad urgente de dominar a la naturaleza. Se buscaron señales, en los baúles de sus recuerdos, sobre la tragedia que se les avecinaba; antes bien, estas señales resultan estrategias de prevención (aunque no se lleven a la práctica), y más aún en localidades que conviven cotidianamente con determinadas condiciones ambientales y fenómenos naturales potencialmente destructores:

...puedo decir y recordar que por ejemplo a las 9 de la mañana más o menos, se empezó a mirar como un humo en el cerro, eso es una neblina espesa pero en el cerro, como a eso de las 9 de la mañana, 9, 10, 11 de la mañana eso empezó, a las 12, a la 1 más o menos empezó una garúa como una llovizna aquí en el barrio pero ya se le ha visto como le digo desde la mañana eso oscuro⁴⁰.

...en la mañana a las 9 de la mañana ya empezó por lo menos a nublarse y a ponerse oscuro el tiempo arriba y como a las 3 de la tarde empezó a llover pero una llovizna muy suave suave suave pero ya para un cuarto para las 4 empezó más fuerte y empezó con nubosidades y truenos y todo eso⁴¹.

Eso empezó como a la 1 de la tarde, realmente para acá no estaba lloviendo pero estaba el tiempo nublado, y existía trueno, había trueno, y una lloviznita pues, como le dice mi mamá, una garuita⁴².

Esos sistemas predictivos y entendimientos de circunstancias atenuantes para la posibilidad (en términos probabilísticos) de la ocurrencia de una tragedia, se articularon con indicadores pasados, recreados en el presente, sobre condiciones similares de otros momentos. Así, la incidencia de eventos extremos como fuertes lluvias, desbordamientos e inundaciones con las cuales convivieron, se mantuvo como referente de este tipo de situaciones, pero tendenciosa a una memoria contingente, a un olvido sistemático, y con ello a la alimentación de sus mismas condiciones de vulnerabilidad:

...no igual pero casi igual, en esos meses desde que yo estoy aquí, que yo me vine del oriente, este en el año 70 me vine yo del oriente, y siempre en el mes de agosto y septiembre, siempre aquí había sido la lluvia más fuerte y el río siempre crecía, pero no tanto así, y en otra época se había desbordado allá donde llaman El Piñal y había cogido por ahí por la avenida Caracas y bueno eso se había inundado todo aquello; eso fue una creciente de por allá, que se llevó una iglesia que estaba por allá arriba y todo eso: Bueno, después en otra oportunidad se desbordó otro río por acá, otra quebrada, es decir que siempre entre el mes de agosto y septiembre, y el río siempre crecía y se metía por El Progreso; siempre se metía pero no con tanta magnitud así. No, no, todos los años en el mes de agosto y septiembre siempre ocurría algo pues; el río crecía y amenazaba y se metía por El Progreso y se metía por acá pero no, no había esa gran tragedia, pero ese año, oye fue esa gran tragedia⁴³.

La primera se desbordó el río, no me recuerdo qué fecha fue, y se trancó allá y cogió la

avenida universidad, hubieron daños pal' allá, pal' acá no, porque estoy aquí era el módulo de El Progreso y había el hueco, y nosotros nos metíamos aquí y salíamos allá, y habían casitas y ranchitos. Esa fue la primera. Después vino la segunda, la segunda tragedia que también creció el río y se vino y pasó por El Progreso para allá y tapó el hueco que tenía más o menos casi 20 metros de hondo, un hueco, una cosa de sacar arena. Después vino la tercera, fue más suave que creció el río y entonces se salió para la Avenida Universidad y se salió para El Progreso pero no hubo tragedia. Y entonces ahora en septiembre que hubo esta que hablamos. Y todavía hay gente, gente que tienen temor cuando llueve y truena, que se pone oscuro ya la gente está nerviosa, ya quiere dejar la casa y apartarse y irse pal' el cerro⁴⁴.

Antes de la tragedia ya el río había hecho como dos anuncios. Había crecido, se había desbordado, pero nunca, este, eh, se había desbordado la primera calle del río. En una oportunidad, atrás de la casa era, yo estaba pequeña, me acuerdo de que eso era un hueco donde sacaban arena y mucha gente invadieron ese hueco y hicieron casas adentro de ese hueco, pero un hueco grandísimos sabes, era algo grande que abarcaba 300 metros cuadrados, grande, este, y allí hicieron casas; el río creció y se desbordó y quedó pasando por aquí pero apenita por la acera y ese río llegó hasta el hueco, se llenó de agua, entonces esa gente fueron damnificadas, y después los sacaron del hueco y los reubicaron; eso fue la segunda vez. Y la tercera vez fue esta que fue enorme⁴⁵.

Estos últimos fragmentos corresponden al pináculo de la investigación. Se atiende, precisamente, el problema de la reproducción de contextos vulnerables a partir de la ausencia de memoria histórica por medio de un olvido sistemático y un recuerdo contingente.

Hubo escasas manifestaciones materiales de aquel evento, una de ellas, que forma parte de los “vehículos de la memoria”, en este caso de la memoria histórica, fue la placa conmemorativa (véase Figura 4) que dispuso la Alcaldía y Consejo del municipio Mario Briceño Iragorry, en memoria de las víctimas del Desastre de El Limón del 6 de septiembre de 1987, justo al cumplirse tres años de aquel fatídico domingo.

FIGURA 4: PLACA CONMEMORATIVA EN MEMORIA DE LAS VÍCTIMAS DEL DESASTRE DE EL LIMÓN DEL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1987, DISPUESTA POR LA ALCALDÍA Y CONSEJO DEL MUNICIPIO MARIO BRICEÑO IRAGORRY⁴⁶



Construcción histórica de la vulnerabilidad: ausencia de memoria histórica

Hasta los momentos se dejó en evidencia la crudeza de los eventos de aquel domingo 6 de septiembre de 1987. No sólo a partir de un discurso hemerográfico desplegado por la prensa de entonces, los discursos institucionales y las relaciones de poder históricamente consolidadas; sino también a través de los ojos de sus protagonistas, quienes son el fiel reflejo de la reproducción de contextos vulnerables y quienes además detentan los distintos tipos de estrategias de adaptación al medio en el cual se encuentran asentados y con el cual conviven. Todo ello da cuenta de relaciones sociales que se forjan en determinados espacios y que se articulan con diferentes referentes (sociales, culturales, económicos y políticos) para la producción y reproducción de ciertas condiciones materiales y simbólicas de existencia.

El interés de la investigación se centró, precisamente, en la manera en que se construyeron los contextos vulnerables a través de la puesta en escena de un desastre como el de El Limón. En tanto que la vulnerabilidad es un proceso en el cual se evidencian las estrategias de adaptación o desadaptación, en este caso, frente al medioambiente y a fenómenos naturales potencialmente destructores que en ciertas regiones resultan cotidianos y recurrentes, su pertinencia histórica es incuestionable. Uno de los factores que influyen en la materialización de ciertas condiciones de vulnerabilidad es la ausencia de memoria histórica a raíz del emplazamiento de un olvido sistemático en la relación cultural que construye la sociedad frente a la naturaleza.

Frente a procesos de desastres sería un error metodológico hablar de una falta de respuesta ante ciertos factores externos. Si bien para que se dé un desastre, la capacidad de respuesta debe verse superada, producto del mismo contexto vulnerable, no significa una ausencia de respuestas, sino una falta de respuestas eficaces y efectivas ante esas mismas condiciones. Y esa efectividad no se juzga, necesariamente, desde un discurso hegemónico, sino en el impacto negativo que pueda advertirse ante la presencia de algunos fenómenos naturales.

En estos casos, un punto interesante corresponde a la convergencia semántica entre *naturalización* y *olvido*. Como bien lo señala la antropóloga venezolana Emma Klein⁴⁷, la *naturalización* tiende a ignorar los peligros más cotidianos, como por ejemplo las consecuencias que conlleva la construcción habitacional en zonas con alto riesgo, pues se comienzan a conceptualizar como "normales" las amenazas naturales permanentes. Aún cuando este emplazamiento en zonas de alto riesgo está vinculado a las estrategias institucionales del Estado en la ocupación del territorio.

Así, la reproducción de un contexto vulnerable fundamentado en la memoria histórica, presenta como condición ese olvido sistemático, el cual encuentra su piedra angular en los diversos discursos al respecto, de acuerdo a las diferentes experiencias, que son apropiadas de una manera distinta por el imaginario colectivo y distorsionados en el mismo proceso comunicacional y de transmisión de saberes. En el caso que nos interesa, la presencia de lluvias extraordinarias se atiende como *eventos que se repiten cada 1.000 años*⁴⁸.

Para el caso de El Limón, se tiene que aquella tragedia "...fue causada por una lluvia que tiene una frecuencia de cada 400 años"⁴⁹. La dicotomía naturaleza-sociedad no muestra una real

separación en tanto se encuentre condicionada por factores sociales y culturales, de la misma manera en que la sociedad se encuentra legitimada a partir de la asimilación de los procesos de la realidad natural. El establecimiento de la relación entre los seres humanos y el medio ambiente natural se encuentra atendido por la manera en que los grupos sociales idealizan el funcionamiento de la naturaleza⁵⁰.

El diálogo que se establece entre los seres humanos y el medio ambiente natural se advierte mediante los mecanismos de la adaptación. Ésta supone que los elementos (así como los fenómenos) que forman parte de la naturaleza son asumidos por la cultura, en tanto que se insertan en un determinado orden, se institucionalizan, se humanizan, y con ello se organiza la misma relación, a través de la capitalización de los espacios naturales que se da por medio de las condiciones simbólicas y sociales del contexto.

Esto se corresponde con lo que argumenta Claude Lévi-Strauss⁵¹ sobre el *pensamiento analógico*, haciendo referencia a la operación mental a través de la cual los seres humanos transforman lo desconocido y lo hacen inteligible. En este sentido, en estas operaciones se representan aquellos factores de la naturaleza que el ser humano no puede controlar, por medio de analogías con la cultura y/o la sociedad. Con ello, la naturaleza, en el pensamiento, se humaniza, se convierte en una figura metahumana, porque, precisamente, trasciende a éste, el cual no tiene la posibilidad de controlarle sino a nivel ideal⁵².

Ese contenido ya se veía en las discusiones en torno a la tragedia de aquel fatídico domingo, pues como se dijo en su momento “...se intenta engañar a la opinión pública anunciándolo como un hecho sobrenatural, incontrolable, imprevisible, accidental, lo cual es absolutamente falso ya que es una zona intensamente tropical, de una pluviosidad altísima...”⁵³.

Dentro de esta relación culturalmente construida de los seres humanos con la naturaleza, son muchas las aristas a tomar en cuenta. El interés se fija con respecto al tema de la producción y reproducción de contextos vulnerables; para lo cual se proyecta la convivencia de los seres humanos en espacios construidos social e históricamente a partir de la apropiación simbólica y material de la tierra, lo que ha conducido a que la dinámica de la urbanización violenta de manera sostenida el equilibrio de los diferentes ecosistemas.

Con la entrada de los valores de la modernidad y sus modelos de modernización y desarrollo, particularmente económicos, se edificaron condiciones que fueron paulatinamente vulnerando los espacios ambientales. Estas gestaciones urbanas cobran significados distintos en procesos de desastres, especialmente aquellos vinculados con lluvias extraordinarias, inundaciones y aludes torrenciales.

Como caso ejemplo en el siglo XX, se utilizó el desbordamiento del río El Limón el 6 de septiembre de 1987, y ya desde un principio se señaló que: “...se violan impunemente las disposiciones sobre los límites de la urbanización respecto a los ríos”⁵⁴, tal como lo acotó el botánico Leandro Aristeguieta, quien, además y contradiciéndose, señala que resulta evidente que se trató de un fenómeno natural cuya acción sólo es atribuible a la naturaleza.

En este sentido, se entiende que:

No solamente son efectos naturales los que ocasionan estas tragedias como la de Aragua, dijo Añez Baptista, sino también la ausencia de una política de tierras urbanas, la falta de planificación y control por parte del Ministerio del Ambiente y la carencia de una adecuada ordenación territorial⁵⁵.

Pero las posiciones políticas, en procesos de desastres, siempre se elevan a niveles paroxísticos y ciertamente las dependencias sociales y la vulnerabilidad socioeconómica de los desprotegidos del siglo XX, son explotadas, indefectiblemente:

Por su parte, el Doctor Nieves Gómez Patiño, médico y diputado, dijo que el Movimiento Electoral del Pueblo observa esta situación con preocupación y atribuye parte de esta tragedia al hecho de que millares de venezolanos imposibilitados de adquirir viviendas no les queda otra alternativa que alojarse a la orilla de los ríos y quebradas y en empinados farallones...⁵⁶.

De allí que lo ocurrido en aquel mes de septiembre, según la editorial del periódico *2001* del 1 de octubre de 1987, tiene que ver con la desatención de los organismos públicos encargados de las gestiones integrales en las diversas obras del país; señalan que al igual que lo que ocurría con el Viaducto 1 de la autopista a La Guaira para entonces, se ha implantado la política de "sordos oídos oficiales", al no prestarle atención al riesgo que ciertas zonas presentan y que se van acumulando. Por eso:

Los treinta o más kilómetros de la vía a Ocumare de la Costa desde Maracay, que sufrieron el impacto de las torrenciales lluvias, y los tramos de montaña derrumbados; los múltiples trozos del pavimento de la carretera destruidos, todo ha podido ser o evitado o reducido menores daños, si se hubiese tomado en cuenta la importancia de una vía que soporta el incesante tránsito y tráfico hacia hermosas ensenadas y bahías turísticas, y si la exuberante fronda de la Cordillera de la Costa que tiene también igual atractivo para los vacacionistas (el Henri Pittier o el Rancho Grande), se vieran como joyas naturales a las que debería de guarecerseles de toda amenaza⁵⁷.

Y al final, ciertamente:

Es un río modesto, apacible, que en otras ocasiones regaba obediente las plantaciones de caña de azúcar de la fértil planicie maracayera. Después de los cañaverales fueron suplantados por viviendas, y el río también aprendió a convivir con el hombre, con el medio urbano que lo agredía contaminándolo y desplazándolo de su hoya hidrográfica. Surgieron los barrios El Limón, El Progreso, Mata Seca y otros que fueron poblando las riberas...⁵⁸.

La relación histórica que se fue consolidando con el pasar de los años y en especial a partir de la modernidad, con respecto a la naturaleza, construyó una barrera infranqueable, casi imperceptible donde la explotación del medio ambiente (representada como una dominación alucinatoria) resultó la forma hegemónica de hacerlo; y eso incluyó que los sistemas urbanísticos

se olvidaran, precisamente, de la convivencia con esas condiciones, más allá del despliegue de mecanismos para poder controlarla, a pesar de que el olvido no implicó un desprendimiento total de eventos similares en el pasado inmediato, las condiciones desplegadas implicaron una desadaptación a las características del espacio:

He leído con frecuencia en la prensa expresiones como esta: los embates, la ira, el enrañamiento de la naturaleza, cuando se trata de fenómenos naturales que son bien conocidos por el hombre, por lo tanto sabe cómo controlar, dominar, encausar; pero muchas veces por negligencia y otras por falta de recursos no lo hace y enseguida vienen las consecuencias que generalmente son fatales⁵⁹.

Y con ello, un proceso de olvido sistemático que se asoció más con la idea de *regularidad* (característica del mundo natural: los fenómenos suceden una vez y volverán a hacerlo) que fue sustituida por la de *periodicidad* (calendario humano)⁶⁰, en la cual se plantean fechas estimadas de acuerdo a la concepción occidental del tiempo. Y esos retornos, en eventos extraordinarios, son amplios, y en algunos casos imperceptibles generacionalmente; por lo que las personas, tienden a olvidar las consecuencias catastróficas de ciertas acciones, en una transgresión, precisamente, de los códigos con los cuales se construye una relación con el ecosistema.

Si resulta común que llueva de manera prolongada en tiempos de invierno, y en un año, o dos, o tres, no lo haga, pues se decide apropiarse de más segmentos de tierra cercanos con mayor frecuencia a los márgenes del río, por ejemplo, y dando paso a la construcción de un *urbanismo sin memoria*⁶¹. A pesar de que en el recuerdo (y no en la memoria histórica de esas condiciones), algunos eventos cercanos se mantienen en sus acervos, continúan solapándose con la naturalización de esas mismas condiciones: "pues es que aquí siempre llueve".

Consideraciones finales

*Algo jamás visto en nuestro país, en lo concerniente a inundaciones, a derrumbes...*⁶²

La relación establecida entre la necesidad moderna de conocer a la naturaleza (y con ello dominarla, domesticarla), y la implementación de recursos para llevar a la práctica ese conocimiento, permitió, a su vez, la construcción de una retroalimentación sostenida y permanente entre las instituciones públicas (brazos ejecutores de los intereses y las decisiones políticas), el conocimiento científico (productores de herramientas para esos intereses y esas decisiones) y la sociedad como ejecutores de esos recursos en espacios determinados.

En este sentido, la nueva forma de pensar sobre la naturaleza garantizó la conformación teórica y práctica de mecanismos que permitiesen atender las vicisitudes propias de la irrupción de fenómenos naturales potencialmente destructores, estableciéndose desde entonces una corresponsabilidad (aunque limitada) entre el conocimiento técnico-científico, las instituciones

públicas, y las decisiones políticas sobre la construcción material del riesgo a desastres. La producción y reproducción de la vulnerabilidad se desplazó, ya en el siglo XX, hacia una postura más institucional que social; y más regional que nacional. Eso quedó en evidencia, con dramatismo y crudeza, en los eventos de El Limón en 1987.

La conciencia histórica de eventos similares en las instituciones correspondieron a un olvido sistemático, selectivo y político, y la prueba irrefutable de ello fue la detonación misma del desastre. Pues en el caso de este ámbito, del Estado, la memoria histórica supone una correlación oficial con ese tipo de discurso, a partir del cual se busca un ajuste en el imaginario social de ciertas estrategias frente a la presencia de fenómenos naturales con los cuales se ha convivido históricamente.

Y en la sociedad moderna y urbana particularmente, esos mecanismos se interconectan con los discursos oficiales, es decir, se apropian simbólicamente de ellos y los asumen como partícipes de su cotidianidad y manera de entender el mundo. Es por eso que, por ejemplo, muchas personas, tienden a permanecer en zonas de riesgo a desastre bajo el argumento que sostiene que esos “sucesos extraordinarios” ya no volverán a suceder o bien sucederán pero dentro de mucho tiempo, un tiempo en el cual ellos no estarán, en una confusión semántica entre periodicidad y regularidad en los fenómenos naturales; lo que quiere decir, que es una memoria contingente.

Este proceso se observó en el discurso que desplegó la prensa después del desbordamiento del río El Limón. En el mismo se articulan diversas formas de afrontar los embates de la naturaleza, desde un papel de resignación, de expiación y las formas de comprenderlas y las actitudes beligerantes y también los testimonios de las víctimas quienes aún preservan entre sus recuerdos, el desbordamiento del río Las Delicias, en 1961; y las inundaciones del río El Limón por las lluvias de 1975 y 1976.

Este discurso hemerográfico se mostró crítico. Todos coincidieron en la situación catastrófica, en mayor o menor medida. Y entre los artículos y reportajes que presentaron cada uno de ellos, la diferencia sustancial recayó en la culpa. Para unos, como parte de los males de la nación, la culpa fue de la naturaleza; para otros, dependió más de las instituciones públicas y las acciones del Estado, un discurso que coincide sustancialmente con las simpatías políticas de su línea editorial.

La conciencia histórica en la reproducción de contextos vulnerables y la producción de desastres parten de la memoria y no del recuerdo, ya que la primera es un proceso histórico, cultural y colectivo, mientras que el recuerdo corresponde a las experiencias individuales. Por eso la memoria se alimenta del recuerdo y, en cierta medida, lo codifica bajo determinadas circunstancias para la toma, precisamente, de conciencia histórica al respecto.

Es esa conciencia la que condiciona las estrategias que adoptamos y adaptamos frente a fenómenos naturales recurrentes. Cuando se hace referencia al término *adoptar* se indica con ello una correlación en los distintos tipos de relaciones sociales de producción a través de las

cuales la sociedad moderna y el pensamiento occidental se relacionan con el medioambiente. Y en este sentido, se condicionan las maneras de entender esos espacios, en términos de procesos de homogeneización.

Fuentes

Prensa

2001, Caracas, 1987.
El Universal, Caracas, 1987.
La Religión, Caracas, 1987.
Últimas Noticias, Caracas, 1987.

Entrevistas

Abreu, Edmundo, 5 de enero de 2013.
Arana Utrera, Escolástico, 5 de enero de 2013.
Arvelo, Elías, 5 de enero de 2013.
Labrador, Yosalin, 6 de enero de 2013.
Mendoza, María, 6 de enero de 2013.
Mendoza, María de, 6 de enero de 2013.
Tami, Manuel, 6 de enero de 2013.

Bibliografía

Altez, Rogelio. "Urbanismo sin memoria: evidencias morfológicas olvidadas de aludes torrenciales en el estado Vargas". *Boletín de Historia de las Geociencias*. N° 94, 2004, pp. 17-19.
----- "Historia sin memoria: la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el estado Vargas-Venezuela", *Revista Geográfica Venezolana*, Número especial, 2005, pp. 313-324.
----- *Si la naturaleza se opone... Terremotos, historia y sociedad en Venezuela*. Caracas, Editorial Alfa, 2010.
Audemard, Franck y André Singer. "El alud torrencial del 6 de septiembre de 1987 en la cuenca del Río El Limón, al norte de Maracay, Venezuela Septentrional". Lugo Hubp, José y Inbar, Moshe (comps.). *Desastres Naturales en América Latina*. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2002.
Augé, Marc. *Los 'no lugares' Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona, España, Gedisa Editorial, 2000.
Barrios Yllan, Marisol. *Reubicación de Comunidades por Inundación y la Vulnerabilidad Social. El caso de Arroyo del Maíz, Poza Rica, Veracruz*. México D.F., CIESAS, 2009. [En línea: <http://www.ciesas.edu.mx/>].
Bohleber, Werner. "Recuerdo, trauma y memoria colectiva: la batalla por la memoria en psicoanálisis". *Psicoanálisis ApdeBA*. Vol. XXIX, N° 1, Buenos Aires, 2007, pp. 43-75.
Candau, Joël. *Antropología de la memoria*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.
Cardona, Omar Darío. "La Necesidad de Repensar de Manera Holística los Conceptos de Vulnerabilidad y Riesgo: una Crítica y una Revisión Necesaria para la Gestión". Ponencia y artículo para *International Work- Conference on Vulnerability in Disaster Theory and Practice*. Holanda, Disaster Studies of Wageningen University and Research Centre, del 29 al 30 de junio de 2001. [En línea: www.desenredando.org].
Confino, Alon. "Collective Memory and Cultural History: Problems of Method". *The American Historical Review*. Vol. 102, N° 5, 1997, pp. 1386-1403.
García Acosta, Virginia. "El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos". *Desastros*, N° 19, septiembre-octubre 2005, pp. 11-24.
----- "La perspectiva histórica en la antropología del riesgo y del desastre, acercamientos metodológicos". *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. Vol. XXV, N° 97, 2004, pp. 125-142.

- Godelier, Maurice. *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1974.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. España, Siglo XXI Editores, 2002.
- Klein, Emma. *Percepción distorsionada y vulnerabilidad estructural en la construcción social del riesgo: el caso general de las comunidades del estado Vargas venezolano*. Trabajo Final presentado para optar al título de Antropología, Caracas, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela, 2007.
- Lavell, Allan. “Conclusiones: Estructuras Gubernamentales para la Gestión de Desastres en América Latina: Una Visión de Conjunto”. Lavell, Allan y Franco, Eduardo (eds.). *Estado, Sociedad y Gestión de los Desastres en América Latina: en Busca del Paradigma Perdido*. Lima, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Intermediate Technology Development Group (ITDG-Perú), 1996.
- Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario social*. Barcelona, España, Paidós Ibérica, 1991.
- Lévi-Strauss, Claude. *El Pensamiento Salvaje*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Margry, Peter Jan y Sanchez Carretero, Cristina (eds.). *Grassroots Memorials: The Politics of Memorializing Traumatic Death*. Oxford-New York, Berghahn Books, 2011.
- Maskrey, Andrew. “El Riesgo”. Maskrey, Andrew (ed.). *Navegando entre Brumas. La aplicación de los sistemas de información geográfica al análisis de riesgos en América Latina*. Colombia, ITDG-Perú, LA RED, 1998.
- “Comunidad y Desastres en América Latina: Estrategias de Intervención”. Lavell, Allan (comp.). *Viviendo en Riesgo: Comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*. Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, 1997. [En línea: www.desenredando.org].
- Menjívar Ochoa, Mauricio. “Los estudios sobre la memoria y los usos del pasado: perspectivas teóricas y metodológicas”. *Historia y memoria: perspectivas teóricas y metodológicas*. Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 2005.
- Menjívar Ochoa, Mauricio Ricardo Antonio Argueta y Edgar Solano Muñoz, *Historia y memoria: perspectivas teóricas y metodológicas*, Costa Rica, FLACSO, 2005.
- Mörner, Magnus. *Historia de Ocumare de la Costa en Venezuela entre 1870 y 1960*. Suecia, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo, 2004.
- Oliver-Smith, Anthony. “Theorizing Disasters: Nature, Culture, Power”. *Catastrophe and Culture. The Anthropology of Disaster*. Estados Unidos, School of American Research, 2002.
- Office Foreign Disaster Assistance (OFDA). *Reporte Anual de la OFDA*. United States Agency for International Development, 1989.
- Organización de Estados Americanos (OEA). *Desastres, planificación y desarrollo: manejo de amenazas naturales para reducir los daños. Una contribución al Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales*. Departamento de Desarrollo Regional y Medio Ambiente, Secretaría Ejecutiva para Asuntos Económicos y Sociales Organización de los Estados Americanos, 1991.
- Pacheco Troconis, Germán. *Las iras de la serranía. Lluvias torrenciales, avenidas y deslaves en la Cordillera de la Costa, Venezuela: un enfoque histórico*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 2002.
- Petit-Brevilh Sepúlveda, María Eugenia. *Naturaleza y desastres en Hispanoamérica. La visión de los indígenas*. Madrid, España, Sílez Ediciones, 2006.
- Rebotier, Julien. “La dimensión territorial del riesgo urbano en Caracas: características y alcances. Una propuesta integradora para pensar el riesgo en una realidad socio-espacial compleja”. *Trace*. N° 56, México, diciembre 2009, pp. 11-25.
- Urbani, Franco. “De la geología global a la cordillera de la costa: implicaciones sobre flujos torrenciales generados por lluvias extremas en el norte de Venezuela”. Altez, Rogelio y Barrientos, Yolanda (coords.). *Perspectivas venezolanas de riesgo, reflexiones y experiencias*. Volumen 1. Caracas, Unidad Pedagógica Experimental Libertador, 2008.
- Wilches-Chaux, Gustavo. “La vulnerabilidad global”. *Los desastres no son naturales*. México, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina, 1993.
- Wiese, R. *Consulting Hydrologic Engineer: Hydrology for canalization of Rio Guaire*. Caracas, National Institute of Sanitary Works, Technical Department, 1959.

Notas

¹ Este trabajo forma parte del proyecto FONDECYT Regular N° 1140292.

² “La tragedia de Maracay-Ocumare de la Costa. La muerte surgió del infierno y ensangrentó al estado Aragua”, 2001, N° 4.993, Caracas, 1 de octubre de 1987, p. 6.

³ Entrevista a Elías Arvelo, Maracay, 5 de enero de 2013.

⁴ Entrevista a Edmundo Abreu, Maracay, 5 de enero de 2013.

⁵ “Cada 400 años cae una lluvia como la del domingo en Maracay”, *El Universal*, N° 28.098, Caracas, 10 de septiembre de 1987, pp. 1-21.

⁶ En Venezuela se ha ido generando el espacio para este tipo de estudios, de la mano de Rogelio Altez, antropólogo que se ha encargado de impartir en la Universidad Central de Venezuela los elementos de la línea del *Estudio Histórico y Social de los Desastres*, creando el seminario Antropología de los Desastres (Escuela de Antropología), del cual se han desprendido ya 6 tesis sobre eventos catastróficos asociados a fenómenos naturales, estudiados desde una perspectiva histórica. También en la Universidad del Zulia, con el trabajo de las historiadoras Ileana Parra y Arlene Urdaneta, el tema ha alcanzado perfil de “Línea de Investigación” en el área de la enseñanza de la Historia.

⁷ Anthony Oliver-Smith, “Theorizing Disasters: Nature, Culture, Power”, Susannah M. Hoffman y Anthony Oliver-Smith (editores), *Catastrophe and Culture. The Anthropology of Disaster*, Estados Unidos, School of American Research, 2002, pp. 23-47.

⁸ Jean-Jacques Rousseau citado en Virginia García Acosta, “El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos”, *Desacatos*, N° 19, México, D. F., septiembre-octubre 2005, p. 19.

⁹ Ya desde la década de 1920 se encuentran trabajos aislados sobre el estudio social de los desastres, específicamente el trabajo de Samuel Henry Prince sobre la explosión de un barco de municiones en Nueva Escocia. Conocido en el ámbito especializado como el primer estudioso en el área de los desastres, Prince forma parte de los primeros aportes del elemento social en este tipo de estudio. También se dieron a la tarea de problematizar lo social en este tipo de eventos desde la geografía ecológica de los años 30 y su perspectiva socio-ambiental o bien algunos de los planteamiento de L.T.Carres en la misma década. Marisol Barrios Yllan, *Reubicación de Comunidades por Inundación y la Vulnerabilidad Social. El caso de Arroyo del Maíz, Poza Rica, Veracruz*, México D.F., Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), 2009, p. 11. En línea en <http://www.ciesas.edu.mx/>, consultado el 15 de junio de 2014; Omar Darío Cardona, “La Necesidad de Repensar de Manera Holística los Conceptos de Vulnerabilidad y Riesgo: una Crítica y una Revisión Necesaria para la Gestión”, Ponencia y artículo para *International Work- Conference on Vulnerability in Disaster Theory and Practice*, Holanda, Disaster Studies of Wageningen University and Research Centre, del 29 al 30 de junio de 2001. En Línea en <http://www.desenredando.org/>, consultado el 1 de junio de 2014.

¹⁰ En la década de 1950 de la mano de investigadores británicos como Belshaw (1951), Keesing (1952), Schneider (1957) y Spillius (1957) comenzaron los primeros aportes de la antropología, aunque fue para después de la década de los '70 que se realizaron contribuciones más contundentes desde esta disciplina. Entre los '60 y mediados de los '70, el paradigma dominante dentro de las ciencias sociales estuvo vinculado con el estudio de las estructuras y organizaciones sociales de la conducta colectiva a partir de las bases de la teoría estructural-funcionalista de la sociología anglosajona, delimitando el campo de estudio de la llamada Sociología de los desastres. Desde la literatura anglosajona más radical, los estudios de Phil O'Keefe, Kenneth Westgate y Ben Wisner (1976) y, Kenneth N. Westgate y Philip O'Keefe (1976), por ejemplo, son algunas de las investigaciones pioneras en el campo de análisis. Ya para la década de los '80 surgen nuevos esquemas de interpretación fundamentados más en los desastres como fenómenos internos y no externos, como hasta ese entonces se percibió, arguyendo que las sociedades humanas no pueden atenderse como entes integrados funcionalmente que pueden ser perturbados por agentes externos, por el contrario, la problemática parte de la observación de los factores internos antes y después de un desastre, es decir, del contexto. Para el caso Latinoamericano las perspectivas dirigidas hacia la amenaza ya no permitían explicar la cantidad de desastres que afectaron la región a partir de la década de los '60. Esa coyuntura desastrosa que se generó en aquellas regiones permitió la instauración y la puesta en práctica de instituciones públicas abocadas al estudio de los desastres, de la mano de los procesos de modernización que advinieron luego de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Se instituyó el asistencialismo hacia este tipo de eventos intercedido por organismos supranacionales como la OPS, la OEA y la UNDR0. Al respecto pueden consultarse las investigaciones de Allan Lavell, “Conclusiones: Estructuras Gubernamentales para la Gestión de Desastres en América Latina: Una Visión de Conjunto”, Allan Lavell y Eduardo Franco (eds.), *Estado, Sociedad y Gestión de los Desastres en América Latina: en Busca del Paradigma Perdido*, Lima, Red de Estudios Sociales en Prevención de Desastres en América Latina (LA RED), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Intermediate Technology Development Group (ITDG-Perú), 1996, pp. 443-502. Andrew Maskrey, “Comunidad y Desastres en América Latina: Estrategias de Intervención”, Allan Lavell (comp.) *Viviendo en Riesgo: Comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*, LA RED, 1997, pp. 14-38. [En línea: www.desenredando.org/].

¹¹ A/Res/42/169; A/Res/44/236.

¹² Cardona, *op. cit.*, s/p.

¹³ Esta visión corresponde a lo que se ha dado a conocer como mirada *fisicalista o naturalista*, la cual estaba gobernada por los planteamientos de las ciencias naturales y aplicadas e impulsadas posteriormente por las compañías aseguradoras a partir de un nuevo impulso a las nociones de vulnerabilidad y riesgo. Sus lineamientos se apoyaban en los análisis del fenómeno natural, por lo que el impacto negativo de estos fenómenos fueron, y aún lo son, apellidados como ‘naturales’ Véanse los trabajos de Lavell, *op. cit.*, p. 454; Andrew Maskrey, “El Riesgo”, Andrew Maskrey (ed.), *Navegando entre Brumas. La aplicación de los sistemas de información geográfica al análisis de riesgos en América Latina*, Colombia, ITDG-Perú, LA RED, 1998, pp. 9-13; y Cardona, *op. cit.*, s/p.

¹⁴ Julien Rebotier, “La dimensión territorial del riesgo urbano en Caracas: características y alcances. Una propuesta integradora para pensar el riesgo en una realidad socio-espacial compleja”, *Trace*, N° 56, México, 2009, p. 14.

¹⁵ Oliver-Smith, *op. cit.*, pp. 26-29.

¹⁶ Virginia García Acosta, “La perspectiva histórica en la antropología del riesgo y del desastre, acercamientos metodológicos”, *Relaciones*, Vol. XXV, N° 97, Michoacán, México, 2004, p. 129.

¹⁷ Werner Bohleber, “Recuerdo, trauma y memoria colectiva: la batalla por la memoria en psicoanálisis”, *Psicoanálisis APDeBA*, Vol. XXIX, N° 1, Buenos Aires, 2007, pp. 43-75. Véase particularmente la página 44 (traducido al español por Leandro Wolfson). Desde la antropología se puede consultar Peter Jan Margry y Cristina Sanchez Carretero (eds.) *Grassroots Memorials: The Politics of Memorializing Traumatic Death*, Oxford-New York, Berghahn Books, 2011.

¹⁸ Terminología utilizada por Elizabeth Jelin, en su obra intitolada *Los trabajos de la memoria*, España, Siglo XXI Editores, 2002, p. 37. La autora reflexiona en torno a los conflictos sobre las memorias y el papel que ejercen en las identidades individuales y colectivas en aquellas sociedades que han pasado por eventos traumáticos, particularmente desde procesos políticos.

¹⁹ Para mayores detalles sobre los conceptos, discusiones y debates historiográficos sobre la memoria pueden revisarse los trabajos de Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario social*, Barcelona, España, Paidós Ibérica, 1991; Alon Confino, “Collective Memory and Cultural History: Problems of Method”, *The American Historical Review*, Vol. 102, N° 5, diciembre 1997, pp. 1386-1403; Joël Candau, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002; Mauricio Menjívar Ochoa, Ricardo Antonio Argueta y Edgar Solano Muñoz, *Historia y memoria: perspectivas teóricas y metodológicas*, Costa Rica, FLACSO, 2005.

²⁰ El conocimiento de los efectos de estos y otros fenómenos en tiempos prehispánicos forma parte de objetos de estudio arqueológicos, paleogeológicos y paleoclimáticos. En el caso de las dos últimas especialidades, se conocen adelantos al respecto con destino técnico y de aplicación.

²¹ Mauricio Menjívar Ochoa, “Los estudios sobre la memoria y los usos del pasado: perspectivas teóricas y metodológicas”, *Historia y memoria: perspectivas teóricas y metodológicas*, Costa Rica, FLACSO, 2005, p. 9.

²² Cuando se hace referencia a un olvido sistemático dentro del estudio de los contextos vulnerables se busca señalar; por un lado, la ausencia de respuestas eficaces y eficientes frente a determinados fenómenos naturales; y por otro lado, como consecuencia, precisamente, de la presencia del *olvido* durante el proceso histórico de las regiones, la ausencia de memoria histórica frente a las condiciones materiales de existencia, lo cual conduce a “...un desconocimiento grave del entorno en el cual sobrevive y un olvido sistemático...de las propias condiciones que construyeron la realidad en la que se desenvuelve”. Rogelio Altez, “Historia sin memoria: la cotidiana recurrencia de eventos desastrosos en el estado Vargas-Venezuela”, *Revista Geográfica Venezolana*, Número especial, Mérida, Venezuela, 2005, p. 315.

²³ Véase R. Wiese, *Consulting Hydrologic Engineer: Hydrology for canalization of Rio Guaire*, Caracas, National Institute of Sanitary Works, Technical Department, 1959.

²⁴ Sobre estos datos puede verse la obra de Germán Pacheco Troconis, *Las iras de la serranía. Lluvias torrenciales, avenidas y deslaves en la Cordillera de la Costa, Venezuela: un enfoque histórico*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 2002.

²⁵ Antonio Narváez, “Más del 70% de los desaparecidos jamás podrán ser rescatados”, *Últimas Noticias*, N° 18.791, Caracas, 11 de septiembre de 1987, p. 41.

²⁶ Tomado de Franck Audemard y André Singer, “El alud torrencial del 6 de septiembre de 1987 en la cuenca del Río El Limón, al norte de Maracay, Venezuela Septentrional”, José Lugo Hubp y Moshe Inbar (comp.), *Desastres Naturales en América Latina*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 387.

²⁷ Marc Augé, *Los ‘no lugares’ Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Barcelona, España, Gedisa Editorial, 2000, p. 83.

²⁸ “La tragedia de Maracay-Ocumare de la Costa. La muerte surgió del infierno y ensangrentó al estado Aragua”, *op. cit.*, p. 2.

²⁹ “Tulio Leyton, “Un cementerio de más de 15 kilómetros entre Maracay y Ocumare de la Costa”, *Últimas Noticias*, N° 18.791, Caracas, 11 de septiembre de 1987, p. 35.

³⁰ Pacheco Troconis, *op. cit.*, p. 122.

³¹ Tomado de Audemard y Singer, *op. cit.*, p. 399.

³² Para la historia de esta región, véase Magnus Morner, *Historia de Ocumare de la Costa en Venezuela entre 1870 y 1960*, Suecia, Instituto de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Estocolmo, 2004.

³³ *El Nacional*, 8 de septiembre de 1987. Tomado de Pacheco Troconis, *op. cit.*, p. 118.

³⁴ *Idem*.

³⁵ Tomado de Audemard y Singer, *op. cit.*, p. 401.

³⁶ *Ibid.*, p. 122

³⁷ Audemard y Singer, *op. cit.*, p. 402.

³⁸ Organización de Estados Americanos (OEA), *Desastres, planificación y desarrollo: manejo de amenazas naturales para reducir los daños. Una contribución al Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales*, Departamento de Desarrollo Regional y Medio Ambiente, Secretaría Ejecutiva para Asuntos Económicos y Sociales Organización de los Estados Americanos, 1991.

³⁹ Office Foreign Disaster Assistance (OFDA), *Reporte Anual de la OFDA*, Washington, D.C., United States Agency for International Development, 1989.

- ⁴⁰ Entrevista a Edmundo Abreu, Maracay, 5 de enero de 2013.
- ⁴¹ Entrevista a Escolástico Arana Utrera, Maracay, 5 de enero de 2013.
- ⁴² Entrevista a María Mendoza, Maracay, 6 de enero de 2013.
- ⁴³ Entrevista a Edmundo Abreu, Maracay, 5 de enero de 2013.
- ⁴⁴ Entrevista a Escolástico Arana Utrera, Maracay, 5 de enero de 2013.
- ⁴⁵ Entrevista a María Mendoza, Maracay, 6 de enero de 2013.
- ⁴⁶ Fotografía tomada por la autora.
- ⁴⁷ Emma Klein, *Percepción distorsionada y vulnerabilidad estructural en la construcción social del riesgo: el caso general de las comunidades del estado Vargas venezolano*, el cual fue su Trabajo Final para optar al título de antropólogo, Caracas, Escuela de Antropología, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela, 2007.
- ⁴⁸ Franco Urbani, "De la geología global a la cordillera de la costa: implicaciones sobre flujos torrenciales generados por lluvias extremas en el norte de Venezuela", Rogelio Altez y Yolanda Barrientos (coords.), *Perspectivas venezolanas de riesgo, reflexiones y experiencias*, Volumen 1, Caracas, Unidad Pedagógica Experimental Libertador, 2008, pp. 189-223.
- ⁴⁹ "Cada 400 años cae una lluvia como la del domingo en Maracay", *op. cit.*, p. 1-21.
- ⁵⁰ María Eugenia Petit-Brevilh Sepúlveda, *Naturaleza y desastres en Hispanoamérica. La visión de los indígenas*, Madrid, España, Sílex Ediciones, 2006.
- ⁵¹ Claude Lévi-Strauss, *El Pensamiento Salvaje*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- ⁵² Véase Maurice Godelier, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, España, Siglo Veintiuno Editores, 1974.
- ⁵³ "Prevención y rescate de zonas de alta peligrosidad propone al Gobierno rector de la UCV", *Últimas Noticias*, N°18.791, Caracas, 11 de septiembre de 1987, p. 2.
- ⁵⁴ Alfredo Schael, "La naturaleza está lista para actuar aunque el hombre crea haberla dominado", *El Universal*, N° 28.097, Caracas, 9 de septiembre de 1987, pp. 1-20.
- ⁵⁵ Ernesto Rodríguez, "Diputados interpelará al responsable de construcciones en sitio proclive a inundaciones", *Últimas Noticias*, N°18.791, Caracas, 11 de septiembre de 1987, p. 38.
- ⁵⁶ Ernesto Rodríguez, "Caso de damnificados por tragedia de Maracay planteó Copei a nivel parlamentario", *Últimas Noticias*, N° 18.791, Caracas, 11 de septiembre de 1987, p. 42.
- ⁵⁷ "Editorial", *2001*, 1 de octubre de 1987, p. 3.
- ⁵⁸ "La tragedia de Maracay-Ocumare de la Costa. La muerte surgió del infierno y ensangrentó al estado Aragua", *op. cit.*, p. 6.
- ⁵⁹ Christian Cazabonne, "Inundaciones", *2001*, Caracas, N° 4.980, Caracas, 18 de septiembre de 1987, p. 7.
- ⁶⁰ Esta precisión aparece en el trabajo de Rogelio Altez, *Si la naturaleza se opone... Terremotos, historia y sociedad en Venezuela*, Caracas, Editorial Alfa, 2010, p. 15.
- ⁶¹ Rogelio Altez, "Urbanismo sin memoria: evidencias morfológicas olvidadas de aludes torrenciales en el estado Vargas", *Boletín de Historia de las Geociencias*, N° 94, 2004, pp. 17-19.
- ⁶² Narváez, *op. cit.*, p. 41.